

*La luna se está peinando, en los espejos del río
y un toro la está mirando, entre la jara escondido.
Cuando llega la alegre mañana, y la luna se escapa del río,
y el torito se mete en el agua, envistiéndole al ver que se ha ido.*

*Y ese toro enamorado de la luna,
que abandona por las noches la manaa,
y es pintado de amapola y aceituna,
y le puso campanero el mayoral.*

*Luna sale esta noche, con negra bata de cola,
y el toro la está mirando, entre la jara y la sombra,
y en la cara del agua del río, donde duerme la luna lunera,
el torito de casta bravío, la vigila como un centinela.*

[*El toro y la luna*, Castellano Gómez Carlos / Cintas Sarmiento Alejandro]

EL TRABAJO PIONERO DE ÁNGEL ÁLVAREZ DE MIRANDA

Ángel Álvarez de Miranda Vicuña (1915-1957), historiador de las religiones, filólogo y ensayista español, fue el primero en investigar el tema de las corridas de todos en España bajo el punto de vista de la historia de las religiones.

«Ángel Álvarez de Miranda Vicuña puede considerarse como el primer historiador de las religiones español, es decir, la primera persona que tuvo en nuestro país una formación especializada, una dedicación intelectual continuada y una posición académica sólida y reconocida en el estudio integral y científico (no teológico) de la religión y las religiones» [Francisco Díez de Velasco: *Ángel Álvarez de Miranda, historiador de las religiones*. Madrid: Ediciones del Orto, 2007).

Álvarez de Miranda estudió en la Facultad de Letras, sección de Historia de las Religiones, de la Universidad de Roma, con el que entonces era considerado el historiador de las religiones más reputado a nivel mundial, Raffaele Pettazzoni. En 1952, defendió su tesis doctoral bajo la dirección de Raffaele Pettazzoni sobre la sacralidad del toro (*Ritos y juegos del toro*, Madrid: Taurus, 1962). Se trataba de una tesis excepcional y como dijo muy acertadamente José María Blázquez en su reseña al libro (Blázquez 1962), era la primera vez que se trataba este tema de modo sistemático por parte de un historiador de las religiones. Aplicó en ella los instrumentos del análisis histórico-religioso que hicieron famosa a la «Scuola di Roma». Repasa la documentación discontinua tanto antigua, como medieval y posterior, en la Península Ibérica, relativa a la sacralidad

del toro y cómo lo ritual se transforma hacia lo profano de un modo sutil que requiere para detectarse un análisis sofisticado.

«El ejemplar de su tesis italiana, en el Archivo General de la Administración (AM 1952b), presenta diferencias con el ejemplar que guardaba Pettazzoni en su archivo personal (AM 1952a), que entre otras cosas tiene 30 páginas más. Entre ambos ejemplares quizá la diferencia más evidente sea que en el que presentó a la cátedra no se refleja el apéndice denominado "La magia sessuale del toro in alcuni miti e riti delle religioni antiche", probablemente de delicada lectura y juicio para algunos miembros del tribunal en el que el peso de los vocales eclesiásticos era destacado» (Francisco Diez de Velasco).

A su vuelta a España en 1954, se hizo con la cátedra de Historia de las Religiones de la Universidad de Madrid, pero sus problemas de salud le impidieron ejercer como docente más allá de un curso académico y le provocaron una muerte prematura en 1957.

En un texto sobre toreo y religión, Álvarez de Miranda escribe:

«En esta España nuestra hay una vieja casta de hombres bravos: se les llama toreros y nacen con una ornamental vocación de morir. Ellos, agonistas de su juego mortal e innecesario, son ya, en este mundo sin religión ni héroes, los únicos que prolongan el sentido del rito bajo el sol, en una auténtica liturgia que tiene como coro al pueblo entero. Por no haber nada en esta tierra nuestra que sea puramente pagano, no ha habido nunca un Píndaro que les cante su hazaña: falta aquí, por fortuna, el sentido triunfal de la vida, y abunda la sensibilidad para toda renunciación suprema; falta la oda, que termina por ser carroña de la filología, y abunda el romance de ciego, que empieza por ser fruto de la viva tradición.» (AM 1947e: 5) [citado por Diez de Velasco, 2007: 79]

Sobre el toro, la medicina y la magia:

«El toro ha sido percibido como una gran cantera de virtudes misteriosas y utilizables por el hombre; la técnica de esa utilización se inscribe dentro de la magia, en tanto que sigue percibiéndose, de manera confusa y oscura, una cierta misteriosa potencia del toro, que no es sino el vestigio de su antigua sacralidad. Y al mismo tiempo, es médica en cuanto que esa misma técnica no puede ya seguir siendo sentida como lo que era, es decir, como un conjunto de ritos pertenecientes a todo un organismo religioso que, como tal ya no está vigente en la conciencia religiosa. Pero el rito es siempre lo último que se pierde de una religión, es su elemento más tenaz. Aun despojado de su veste religiosa, que lo emplea como medio de salvación, es capaz de adoptar otras, y especialmente la de la medicina, que lo transforma en instrumento de salud.» (AM 1953b: 325) [citado por Diez de Velasco, 2007: 71]

La potencia mágica del toro en orden a la generación humana:

«Las religiones antiguas han utilizado este animal, al igual que tantos otros animales apreciados, como víctima en los sacrificios; pero

independientemente de esta utilización del toro para fines de carácter religioso, lo han erigido a veces en objeto de culto, ya bajo la especie de la diversa potencia animal en sí misma, ya como encarnación de la divinidad en ciertos sujetos de la especie bovina, que en muchos casos ha evolucionado hasta concebir al animal como un mero símbolo de la divinidad, un heraldo o un servidor de ella.

La acentuada evolución del teriomorfismo hacia el antropomorfismo en las religiones antiguas señala inexorablemente el progresivo empobrecimiento del toro como figura religiosa. Hay otra dirección en la que el toro, a veces, alarga su vigencia; como, por ejemplo, en ciertas religiones místicas. Su función está entonces vinculada al sacrificio y a la fertilidad, y se basa en la concepción arcaica del valor mágico fecundador de la sangre. En esta línea el toro no está solo, porque tanto su sacrificio como su sangre son los valores que comparte con otros animales y con el hombre. No obstante, la transfiguración sociológica que es propia de las religiones místicas, el toro ha sobrevivido a veces, como tantos otros elementos arcaicos, y sólo perdura en ellas como elemento simbólico y ligado al sacrificio.

Una tercera dirección religiosa en la que el toro parece haber prolongado su presencia es la que hemos aquí perseguido, y que se resume como intuición de su potencia mágica en orden a la generación humana. Así como en el círculo de intereses vinculados al mundo vegetal el toro comparte con otros animales los prestigios de la fertilidad ligados a la sangre, en este campo el toro goza de una situación aristocrática. Él es el fecundador *κατ' ἐξοχήν* y la activación de su valor no se vincula a su aniquilamiento sacrificial, sino a su presencia y a su contacto. De aquí surge una serie prácticamente ilimitada de tratos mágicos del toro, capaces de pervivencia unas veces en el ámbito de las religiones nacionales, otras veces paralelamente, bien que independientemente, de las religiones místicas, pero siempre en el estrato de la magia, de la religiosidad popular y de las creencias especialmente femeninas.

Estos tratamientos mágicos del toro son de una radical degradación desde el punto de vista religioso. Si en las religiones nacionales el toro sólo puede perdurar como símbolo y en las místicas como víctima, en la magia popular el toro sólo puede mantenerse a condición de transformarse, de desaparecer como objeto religioso, introduciéndose en la esfera profana. El germen lúdico que todo rito posee por naturaleza favorece este tránsito. Al no existir ninguna referencia a la divinidad, fenómeno frecuente en la magia, se llega a perder la conciencia del carácter religioso del antiguo rito, y esta pérdida de conciencia religiosa, unida al creciente descubrimiento del valor de su carácter lúdico, termina por encuadrar al toro en la esfera profana. Es un proceso lento y poco claro, cuyas etapas intermedias son siempre difíciles de precisar. Nunca se efectúa totalmente; su órbita completa se desarrolla enteramente sólo en momentos y lugares especialmente adecuados y con carácter excepcional, en ambientes dotados de una gran tenacidad conservadora del elemento arcaico.» (AM 1962: 151-152) [citado por Díez de Velasco, 2007: 79-80]

«En la base del tema que desarrollaremos se encuentra la concepción del toro como un ser especialmente dotado de gran poder sexual. Esta concepción, que hoy puede parecer obvia y natural, no ha existido siempre en el hombre antiguo. Su origen parece remontarse a épocas relativamente recientes de la Prehistoria y coincide con el momento de la domesticación de los bóvidos. Estos atributos son el resultado de una especialización biológica individual provocada por los criadores de ganado; la castración de la mayor parte de los machos domesticados resalta el poder sexual del toro semental al convertirlo en padre.

Existe, por consiguiente, un tipo de intuiciones sugeridas por el toro como depósito de energía engendradora. Esta magia del toro no es el fin último de nuestro estudio, aunque sí el presupuesto de ciertos contactos entre el ser humano y el toro, que parecen ahondar sus raíces precisamente en la magia, y que conocemos en el lenguaje ordinario con el nombre de corridas. Nosotros intentaremos ilustrar su origen partiendo de la magia sexual del toro. Esta magia aparece un poco en todos los lugares, en el ámbito del mundo antiguo, pero su transformación en corridas es característica de la Península Ibérica y de la cultura minoica. (AM 1963: 15-18) [citado por Díez de Velasco, 2007: 85-86]

La fiesta española de los toros y su derivación de un rito nupcial:

«Ha sido la fiesta que llamamos del toro nupcial el fenómeno que nos ha hecho pasar de una costumbre ritual a una práctica lúdica... percibir en el espectáculo llamado corrida, una vez que han sido demostrados sus orígenes religiosos, la persistencia, aunque en estado larvario, de tales o cuales aspectos del rito nupcial originario, del cual parece derivar.

En épocas sucesivas, y particularmente en los siglos XVII y XVIII, agotado históricamente el toreo caballeresco de estilo e inspiración medieval, surgió un nuevo tipo de corridas de toros, las modernas corridas de toros, cuyos elementos principales, una vez más, han sido tomados de la práctica popular del toreo originariamente nupcial y han sido utilizados según las exigencias del nuevo espectáculo. De este modo resulta inseparable el estudio del rito referente al toro del estudio sobre los orígenes del toreo.

Esta es una exigencia que naturalmente da el carácter de la materia que estamos analizando, en la que el elemento propiamente religioso a menudo se debe adivinar en su perduración no religiosa. Un rito y una fe de base y de inspiración naturalmente mágica y naturalística que, como estos que estudiamos, se han perpetuado a través de una sociedad cristiana y de una cultura progresivamente evolucionada, es natural que sólo se presenten a nuestros ojos enmascarados y de una manera infrahistórica, por así decir, inconscientes del propio contenido.

Una de las más grandes dificultades que se tienen para captar con mayor claridad el sentido mágico y religioso de las operaciones que se desarrollan con el toro consiste en que, cuando dichas operaciones se presentan bajo forma histórica, ya han perdido el carácter religioso, y

cuando tenían aún carácter religioso, la historia no pensó en ellas, porque formaban parte de un patrimonio oscuro, extraño e infrahistórico.

En estas condiciones, el rito originario, cuyo protagonista era el toro, está necesariamente condenado a una radical degradación; para reconstruir su carácter primitivo debemos atenernos a los indicios que perduran en formas ya secularizadas. La génesis de estas formas, al no aparecer claramente cimentadas en una base de carácter profano, se relaciona con prácticas encuadradas naturalmente en la mentalidad ritual. Por todo lo que se ha visto hasta ahora, a través del análisis de los mitos y de los ritos, parece deducirse que en la Península Ibérica ha habido una perduración tenaz de ciertas prácticas religiosas referentes al toro.

La Arqueología y la Filología ofrecen pruebas suficientes para deducir que en la Iberia prerromana existía un culto al toro. No parece excesivo suponer que los mitos y ritos aquí estudiados son un último resto, en la zona religiosa, de las supersticiones y de la magia del viejo culto ibérico y precristiano. En todo caso, es indiscutible que hasta hoy no conocemos datos históricos referentes al período comprendido entre la época romana y el siglo XIII capaces de ilustrar la existencia de ritos populares referentes al toro. Sin duda debieron existir, porque de otro modo no se explica, por ejemplo, la costumbre del toro nupcial, tal como se encuentra en la época de Alfonso X y en los otros documentos etnográficos ya referidos. Esta costumbre no es el resultado de la imitación por parte de las religiones rurales de los combates caballerescos, como parece deducirse claramente de todo lo arriba expuesto; al contrario, todo induce a creer que es el rito popular del toro el origen de las corridas caballerescas.

Sólo falta ahora intentar retomar el carácter de este rito en sí mismo, tal como aparece a través de los siglos en los documentos que hemos registrado. En las regiones rurales y montañosas del centro de la Península Ibérica ha existido durante siglos, al menos desde la mitad del siglo XIII hasta finales del siglo XIX, la costumbre de hacer intervenir un toro en las ceremonias nupciales que precedían a la unión de los esposos.

La esposa, al igual que el esposo, entran en contacto con el toro de diferente manera, especialmte ofreciéndole los vestidos el esposo, como los de los amigos, cuando el toro ataca, y haciéndole enfurecerse, arrojándole pequeñas armas arrojadizas que producen derramamiento de sangre, con la cooperación en esta última operación de la esposa. La modalidad de estos actos no corresponde la de una lucha con el toro, y la finalidad perseguida, ante todo, no parece ser, si atendemos a las circunstancias concomitantes... la de un rito. El sentido fundamental de este rito parece basarse en el prestigio que se atribuye al toro como animal dotado de un gran poder de engendrar, que es la garantía de la fecundidad.

Otros ritos españoles parecen basarse en esta convicción, de la que hemos encontrado huellas también en las tradiciones populares (mitos y narraciones) de la Península Ibérica. Paralelamente a esta costumbre rural

del toro nupcial conocemos en España, con seguridad a partir del siglo XII, la presencia de corridas de toros de carácter caballeresco, al principio celebradas con ocasión de bodas y posteriormente con ocasión de los más variados motivos de alegría. Estas corridas, cuyo origen siempre ha sido muy discutido y nunca puesto en claro, parecen ser una prolongación reformada, secularizada y lúdica del rito popular del toro nupcial.» (AM 1962: 81-83) [citado por Diez de Velasco, 2007: 81-82]

Álvarez de Miranda descubrió en la poesía de Federico García Lorca una visión sagrada de la sexualidad:

«De ahí también que eso que la crítica seguirá llamando “el amor”, en la obra lorquiana, resulta una instancia remota de lo que el amor es desde hace siglos en el mundo occidental, y, en cambio, muy próxima a la dialéctica de los sexos en el mundo arcaico. Ese espectáculo de la feminidad ansiosa y expectante ante lo masculino es algo más –y algo menos– que el amor: no es tampoco, a pesar de su exasperación, lujuria o patología. No es, en fin, pura biología en el sentido profano de la palabra. Es afán de salvación, o dicho más explícitamente: es la versión naturalística de la soteriología posible en una religiosidad basada en la sacralidad de la vida orgánica.

El ciclo de la generación subyace en la poética de Lorca. Mundo exento de vicio y de virtud, más allá de los principios morales; mundo impregnado totalitariamente por un sentido místico de la vida, de su producción (sexualidad generación) y de su cesación (muerte), que, a su vez, son episodios íntimamente entrelazados: “mística de la muerte, mística nupcial y erotismo se dejan difícilmente separar”.» (AM 1953c: 56-57) [citado por Diez de Velasco, 2007: 83-84]

ÁLVAREZ DE MIRANDA Y LA MUERTE DEL TORO

Controversia por la muerte del toro y la visión de las corridas como un espectáculo sangriento.

Álvarez de Miranda fue el primero en llamar la atención sobre trasfondo religioso de los “ritos y juegos del toro”, pero se limitó a la interpretación de las corridas como resto de la creencia mágica en el poder generatriz del toro.

Según Johannes Lehmann (1983: 187-188), la función central del toro en las antiguas religiones no se debe a su poder generatriz (otros animales serían más activos que el toro: conejos, etc.), sino a su cornamenta. Los cuernos del toro son un símbolo arcaico de la regeneración de la vida, simbolizada en las fases lunares y en la semejanza de los cuernos del toro con la media luna.

Para la religiosidad antigua, lo importante es la regeneración de la vida. Y solo lo que ha entrado en contacto directo con la muerte puede regenerarse, volver a la vida. En la mitología lo que muere siempre es el elemento masculino: las diosas nunca mueren, se “transforman” en otras materias.

Tras la revolución y expansión indoeuropeas, el elemento masculino se convirtió en lo que permanece. Tras la muerte, queda solo el resto (materia = mater), el elemento masculino sobrevive en otro mundo no material.

Álvarez de Miranda, con su esfuerzo por "excluir" la muerte del toro del rito mágico de fecundidad, olvida que la "muerte" es un elemento esencial a la "vida", que, si el toro es símbolo de fecundidad, lo es también, sobre todo en la mitología de las religiones antiguas, de la regeneración y que toda regeneración implica primero la muerte. El toro regresa al seno materno para autogenerarse y así volver a nacer regenerado, como la vida animal y vegetal en primavera tras su "hibernación" en el seno materno.

Si se considera la corrida como un simple juego para demostrar la valentía, hay que condenar la muerte del toro. Se puede salir vencedor sin matar al contrincante. Si se percibe la corrida como la reproducción de un rito religioso que hunde sus raíces en la prehistoria, hay que aceptar la muerte del toro como elemento esencial de la corrida.

El hombre del paleolítico amaba la vida porque confiaba en su regeneración real y física, no en una perduración en un "más allá" que garantiza la eternidad. Con el Neolítico, el hombre descubre que no depende solo de los ciclos naturales, sino que él puede "producir" alimentos y técnicas de reproducción. Pero esta reproducción requiere "esfuerzo y trabajo", estar ligado a la gleba. En el Génesis Dios le condena a "ganar el pan con el sudor de su frente". La regeneración ya no se puede garantizar mediante rituales que hacen de "comadronas de la naturaleza", hay que "hacer sacrificios" para implorar el favor de los dioses. La vida es una carga. El hombre se lamenta ante los dioses de su destino. La regeneración ya no es ctónica (terrenal), sino uránica (celestial): no regeneración en este mundo sino resurrección en el otro mundo. Lo único inmortal es el alma o espíritu que, al morir, no se va al inframundo para regenerarse y volver a la vida, sino que "vuela" al otro al "más allá".

Con el progreso se ha alargado la vida y el objetivo es elevar la "calidad de vida". Tras el Paleolítico y su "amor a la vida", el hombre descubre en el Neolítico las penalidades de la vida, la vida es "un valle de lágrimas", la vida es pasar penalidades.

EL TORO NO REPRESENTA EL PODER GENESÍACO

«La etnología y los estudios religiosos solían asumir que la magia de la fertilidad desempeñaba un papel decisivo en las religiones de las llamadas culturas primitivas. Mediante prácticas mágicas, se suponía que las fuerzas de crecimiento de la naturaleza se transferían a los humanos a través de hechizos de simpatía o analogía o, a la inversa, se suponía que el efecto de mejora de la fertilidad de un ídolo se transfería a la naturaleza.

En la actualidad, las diversas ceremonias de fertilidad se consideran en el contexto más amplio de la vida espiritual y cultural de un grupo étnico. La ceremonia aparentemente mágica para aumentar la fertilidad de los campos es un acto ritual significativo relacionado con un importante mito primitivo. En el primer plano de la acción no está el deseo de aumentar la fertilidad de los campos o del ganado, sino la repetición ritual de un acontecimiento mítico primigenio para mantener el orden cósmico.

Además, en la mayoría de las culturas, la fertilidad excesiva de las mujeres no es un objetivo deseado. Se sabe que muchos pueblos practican el control de la natalidad, desde la anticoncepción hasta el asesinato de los recién nacidos. Los primeros agricultores no conocían ningún rito cuyo único objetivo fuera aumentar la fertilidad o la capacidad de procreación.» [Ina Wunn, 1999]

La Gran Diosa encarnaba el principio creativo como fuente dispensadora de todo, era la *natura naturans* (la fuerza creadora y ella misma increada). El elemento masculino, humano y animal, representaba poderes espontáneos que estimulaba la vida, pero que no la generaba y estaba sometido a la muerte como condición necesaria de su regeneración, lo mismo que la vegetación; eran *natura naturata* (creada o generada por la *natura naturans*).

EL TEMA DE LA FECUNDIDAD

«El aspecto de la fertilidad y de la fecundidad es, a menudo, malinterpretado o sobreinterpretado. Los actos mágicos o de culto, que en sí mismos dan la impresión de estar destinados a aumentar la fertilidad del ganado o de los campos, suelen formar parte de actos de culto más amplios o se complementan con un mito que deja claro que, en última instancia, el culto es la repetición de un acontecimiento primigenio necesario para mantener el orden cósmico.

La etnología y los estudios religiosos solían asumir que la magia de la fertilidad desempeñaba un papel decisivo en las religiones de las llamadas culturas primitivas. Mediante prácticas mágicas, se suponía que las fuerzas de crecimiento de la naturaleza se transferían a los humanos a través de hechizos de simpatía o analogía o, a la inversa, se suponía que el efecto de mejora de la fertilidad de un ídolo se transfería a la naturaleza.

En la actualidad, las diversas ceremonias de fertilidad se consideran en el contexto más amplio de la vida espiritual y cultural de un grupo étnico. Como pudo demostrar Jensen, la ceremonia aparentemente mágica para aumentar la fertilidad de los campos es un acto ritual significativo relacionado con un importante mito primitivo. En el primer plano de la acción no está el deseo de aumentar la fertilidad de los campos o del ganado, sino la repetición ritual de un acontecimiento mítico primigenio para mantener el orden cósmico.

Además, en la mayoría de las culturas, la fertilidad excesiva de las mujeres no es un objetivo deseado. Se sabe que muchos pueblos practican el control de la natalidad, desde la anticoncepción hasta el asesinato de los recién nacidos.» [Wunn, Ina: *Götter, Mütter, Ahnenkult. Neolithische Religionen in Anatolien, Griechenland und Deutschland*. Diss. Universität Hannover, 1999]

EL TORO Y LA MUERTE

El hombre arcaico veía que, en la naturaleza, la muerte crea vida. El *paredros* de la diosa simboliza la vida que pasa y vuelve a regenerarse de forma periódica. El hijo-amante o *paredros* de la diosa, en forma de torito, tiene que volver periódicamente al seno materno para renacer en primavera. La vuelta al seno materno tiene un triple carácter: nacer – copular – morir para regenerarse en el seno materno y volver a renacer. Los cuernos del toro y del bisonte, así como los colmillos volteados del jabalí, simbolizan una de las fases de la luna, es decir, están sometidos al ciclo de vida-cópula-muerte-regeneración.

Estos animales, que más tarde se convertirán en una inversión de causa y efecto, en sementales, generadores ellos mismos de vida, principio y origen, son en esta fase arcaica de la civilización simplemente parte de la vida que está sometida al cambio.

Los machos *paredros* son la *natura naturata*, sometida al cambio, al proceso cíclico de vida y muerte. La *natura naturans* está representada por la Gran Diosa Madre, fuente de vida y origen de la regeneración. Lo masculino se asignaría a lo divino femenino como hijo y amante, pero nunca como marido que la domina.

Este hijo-amante no sería en realidad divino-eterno, sino masculino-humano, puesto que debe morir, símbolo de la naturaleza moribunda, pero es revivido o regenerado por la diosa como la vegetación que vuelve a brotar, y la diosa celebra con él las "bodas sagradas", la unión sexual como símbolo de la fertilidad real-natural. Por otra parte, el héroe muere, encajando en el ritmo de las estaciones, dando su vida como sacrificio, sabiendo que renacerá.

El macho, el toro, está ritualmente condenado a morir en plena embestida, en la plenitud de su potencia genesíaca y así sigue muriendo en las plazas de todos de España en la "hora de la verdad", punto culminante del ritual, fusión y cercanía máxima entre la plenitud vital y la muerte como presagio de nueva epifanía.

Vista la corrida desde el telón de fondo de las culturas paleolíticas y neolíticas, y conociendo el rito arcaico de la hierogamia, del *hierós gámos* (en griego *ἱερός γάμος*, *ἱερογάμια* 'matrimonio sagrado'), no es difícil imaginarse al torero como la sacerdotisa que, en representación de la diosa, en un rito de copulación, recibe la embestida del toro en su capa de color vaginal, en la que está envuelta la espada que le causará la muerte al toro y lo volverá al seno materno con la promesa de la regeneración de

la vida, que presagian las orejas y el rabo del toro que recibe el torero como "trofeo".

«Las reses son muy probablemente objeto de sacrificios en el marco de un ritual que repite los acontecimientos primigenios para mantener el orden cósmico y no un sacrificio en el sentido de una ofrenda a los dioses y, desde luego, no la epifanía de este dios en sí.» [Ina Wunn, 1999]

LA DIOSA MADRE Y EL TORO

El binomio diosa madre y el toro es un símbolo atestiguado en todo el Oriente Próximo, en las costas adriáticas, en Creta, Chipre, Malta y Macedonia desde del sexto al primer milenio. Los símbolos y los ideogramas prueban la existencia de rituales.

El símbolo de la mujer y el toro preceden al descubrimiento de la agricultura en el Neolítico. En el Paleolítico, el toro como representación del mundo vegetal, era símbolo del proceso de vida-muerte que es la base de la regeneración de la vida. El toro siempre conservó esta relación con la muerte como una fase necesaria de la regeneración de la vida. Con el descubrimiento de la agricultura, la regeneración de la vida se concentra en la semilla que hay que enterrar para que vuelva a germinar y en la importancia del poder genesiaco de los machos para la reproducción de los animales. El toro, como símbolo lunar, por el parecido de su cornamenta con las fases lunares, comenzó a ser asociado con el mundo solar. Para las sociedades agrícolas del Neolítico, la función fecundadora del sol y la fuerza genesiaca del toro eran la garantía de la regeneración de la vida.

«El conjunto cielo lluvioso-toro-gran diosa constituía uno de los elementos de unidad de todas las religiones protohistóricas del área euroafrasiática. Indudablemente, aquí se acentúa la función genésico-agraria del dios taumomorfo de la atmósfera. Lo que ante todo se venera en Mind, Ba'al, Hadad, Teshup y otros dioses taurinos del rayo, esposos de la gran diosa, no es su carácter celeste, sino sus posibilidades fecundadoras. Su sacralidad deriva de la hierogamia con la madre agraria. Su estructura celeste se valora por su función genésica. El cielo es, ante todo, la región donde "muge" el trueno, donde se forman las nubes y se decide la fertilidad de los campos, es decir, la región que asegura la continuidad de la vida sobre la tierra.» [Eliade, Mircea: *Tratado de Historia de las Religiones. Morfología y dialéctica de lo sagrado*. Madrid, 1981, p. 110]

EL TORO EN LA ESFERA DE LO LÚDICO

«El hombre, antes de haber cultivado su ingenio y de haberlo hecho fecundo hasta el extremo de verse árbitro por él de todo lo creado, vagaba confundido con el resto de los animales. Muchos de ellos, superiores a él en los recursos físicos, le hacían la guerra a cara descubierta, y más de una vez lo confinaron y vencieron. Deseoso de abandonar la vida errante que hasta entonces había tenido, y de fijar su

residencia en los parajes más risueños y floridos, construyó mansiones fijas y sembró el germen de las poblaciones; reunió también en rebaños los animales dóciles y domesticables, para que, multiplicándose más y más bajo su protección y cuidado, le suministrasen con su carne, leche y pieles, alimentos y vestido.

Es un atributo peculiar del hombre sojuzgar las fieras de los diferentes países que habita. Esta acción es indispensable para adelantar en la carrera de la civilización. En muchos países se perpetúa tanto por necesidad, como por ostentar y gloriarse el hombre con la fuerza y superioridad que le fueron concedidas. [...] En consecuencia, pues, de todo lo dicho, resulta que si la acción de torear en su origen no carecía de algún riesgo, la utilidad que de ella se sacaba la hicieron de primera necesidad: que se perpetuó no solo por esta necesidad, sino por lo natural que es al hombre el deseo de dominar y hacer alarde de sus facultades, pues tanto las físicas como las morales se realzan con esta acción. [...] Si al principio era una verdadera lucha en que apenas peleaba el hombre con ventajas, ahora tiene delante del toro una seguridad incontestable; y este nuevo triunfo de su ingenio es prueba positiva de su excelencia y superioridad intelectual. [...]

¡Gloria eterna al hombre que sabe llenar el fin para que vino al universo!
¡Llor al hombre, que no solo somete las bestias más feroces y poderosas, sino que alcanza hasta hacerlas servir de juguete y distracción.» [Montes "Paquiro", 1836: 27 ss.]

«Puesto que parece bastante convincente la tesis de que el juego incruento con el roto, limitándose a excitarle sin matarle, tal como hoy se practica en Portugal, y fue practicado por la cultura creto-minoica, era, como el juego mejicano de pelota, un culto solar. Ahora bien, la cultura creto-minoica era una cultura matriarcal, dominada por las mujeres. Los adolescentes y las muchachas que, con agilidad que hoy parece increíble, brincaban en Creta por encima del toro enfurecido, divertían a las multitudes que les admiraban porque venían a ser como metáforas vivientes del astro inmortal y saltarín que vivifica el universo.

Advirtamos que, en ambos, toreo y juego de pelota, siguen una evolución similar. El toreo incruento, preconizado por una civilización en que la mujer domina, pasa luego al toreo hispánico, en que el toro muere, como corresponde al principio masculino, que mata en lugar de dar vida o de engendrar como cumple a la mujer.

Paralelamente, el juego de pelota a mano, más femenino, pasa a juego de pelota con el pie, violento y tan masculino que, pese a algún que otro equipo de balompié femenino que dicen ha existido en Inglaterra, no concebimos que pueda ser llevado a cabo más que por el varón.» [Rof Carballo, Juan: *Entre el silencio y la palabra*. Madrid: Aguilar, 1960, p. 339-340]

Los antitaurinos aceptarían la corrida sin la muerte del toro, solo por lo que tiene de espectáculo deportivo (salto sobre el toro, etc.). Pero nadie

va a los toros para ver un número de circo. Como dicen los clásicos taurinos: “los toros son una cosa seria”, a los toros uno no va para reírse o divertirse; hay espectáculos más atractivos.

Para un detallado análisis sobre el origen y desarrollo de los juegos taurinos desde la Prehistoria hasta el final del Imperio Romano, centrado en el mundo de la caza, ámbito de formación de las primeras prácticas taurinas, recomiendo la obra muy bien documentada y ricamente ilustrada de la arqueóloga e historiadora Cristina Delgado Linacero, titulada *Juegos taurinos en los albores de la historia*, Madrid: Egartorre Libros, 2007.

DATOS ESTADÍSTICOS SOBRE LAS CORRIDAS DE TOROS

Más de cinco millones de espectadores asistieron a los toros durante la temporada 2017 en España. Así se desprende del informe elaborado por Diego Sánchez de la Cruz, director de la Economía del Toro, que subraya un dato relevante: hay más de tres millones y medio de espectadores «únicos», muchos de los cuales asisten a más de un festejo taurino. Por intervalos de edad, destacan estos: de 25 a 34 años (590.832 personas), de 35 a 44 (758.346) y de 45 a 54 (704.700). A esto hay que otros 20 millones de espectadores que presenciaron festejos, de enorme arraigo popular. Por lo tanto, la tauromaquia, un auténtico fenómeno cultural, ha sumado más de 25 millones de espectadores en España.

«Se lo escuché al escritor Ignacio Martínez de Pisón. Hablábamos de los toros, de su obsolescencia y otros tópicos, cuando dijo que a él, siendo antitaurino, le encanta tener amigos taurinos. Como saben que les gusta algo que no está bien visto y que tiene una defensa ética, como poco, difícil, no son moralistas. Me gustó la idea y reparé en que yo también quiero mucho a mis amigos taurinos. Aunque me pierdo una parte importante de su personalidad, jamás los siento extraños, y creo que se debe a lo que planteaba Pisón. Nunca juzgan, señalan, aconsejan ni se ponen paternales. Tampoco se enfadan porque no les llames.

Esta manera de aceptarse como se es, sin pedir disculpas, pero tampoco enorgulleciéndose ni presentándose como ejemplo para nadie, es lo más anacrónico de su personalidad, mucho más que su afición. En un tiempo donde cada cual se deconstruye, pide perdón y trata de ser la mejor versión de sí mismo, en una competición vergonzosa por ser la mejor persona del mundo, ellos acarrear con excelente humor un alma impura contra la que se estampan todos los reproches del mundo actual.» [Sergio del Molino: “Amigos taurinos”, en *El País* – 25 MAY 2022]

PARA QUE LA VIDA SIGA

«La vida eterna es el retorno de la vegetación sólo a costa de morir una y otra vez. No es el individuo el que sobrevive.» [Klaus Heinrich: *Phänomenologie der Religion II. Ursprung, Bund und die Konflikte des Erscheinens*. Skript (1981) zur Vorlesung an der Freien Universität Berlin 1978-1979, p. 98]

Prescindiendo del contexto mítico-religioso, en el que el toro representa la vegetación y el elemento masculino que tiene que morir para garantizar la renovación de la vida (porque solo puede regenerar la vida lo que ha entrado en contacto directo con la muerte), la corrida también contribuye a que la vida de esta raza de *toro bravo* de lidia perdure. Es el argumento de algunos autores: Cada año mueren muchos toros en los ruedos, pero estas muertes contribuyen a preservar la especie de *toro bravo*, que sin las corridas desaparecería. La cría de esta especie de toro en un medio adecuado durante seis años requiere unas inversiones y unos gastos que sin las corridas nadie estaría dispuesto a asumir.

«La relación con el toro en España se caracteriza por la admiración y el respeto. El toro se considera peligroso, pero su figura no infunde miedo; solamente hay que saber lidiar con él. A la pregunta de qué significa el toro para los españoles, obtuve la respuesta: "fuerza, virilidad, belleza", y a la pregunta de por qué tenía que morir: "para que siga la vida".

El que ve en una corrida la sed de sangre y un ánimo de asesinato salvaje no ha visto nada, no ha entendido nada. Es como un forastero que asiste por primera vez a una misa católica y, en el momento de la consagración, cree que el toque de la campana del monaguillo (en su cultura, los ruidos estridentes se asocian a sentimientos negativos) es el único acontecimiento decisivo de la transubstanciación y, por tanto, rechaza toda la celebración de la misa.

El toro de lidia vive como un animal de pezuña hendida controlado, pero todavía en un medio salvaje (uno de los últimos bovinos salvajes de Europa) durante seis años o más en su entorno vital apropiado. En el rito de la corrida debe morir, pero como el héroe de una tragedia. Su muerte individual asegura la supervivencia de su raza. ¿Se puede tratar a un animal con más dignidad?

Si una de las diversas mociones para abolir las corridas de toros se llegara a aprobar en el Parlamento Europeo, los defensores de los derechos de los animales y la UE tendrían que plantearse al mismo tiempo el problema de cómo garantizar la supervivencia de la raza del *toro bravo* y cómo subvencionar esa supervivencia.» [Karl Braun: "Damit das Leben weitergehen kann – Zum historischen und kulturellen Hintergrund des spanischen Stierkampfes", en *Mensch und Tier – Kulturwissenschaftliche Aspekte einer Sozialbeziehung*. Marburg: Jonas Verlag, 1991, p. 84-84; 97-98]

«La frivolidad extrema de quienes se llaman a sí mismos "animalistas" y de los ecologistas. En lo que respecta a los segundos, ya ha señalado el filósofo Gómez Pin en *El País* que, según preservadores del medio ambiente, economistas, ganaderos y veterinarios, "el mantenimiento de no pocas dehesas (parques auténticamente naturales, donde un animal criado por el hombre goza de condiciones para realizar su naturaleza específica) sería inviable sin la fiesta de los toros". Si no hubiera ganaderías hace tiempo que esas dehesas estarían convertidas en urbanizaciones monstruosas, de esas que dicen combatir los ecologistas.

¿Por qué creen que todavía existe el toro bravo o de lidia? Se lo cría y cuida artificialmente y con esmero tan sólo porque hay corridas y otros espectáculos taurinos en nuestro país. Si se prohibieran las corridas y dejara de haber ganaderías, ¿quiénes se ocuparían de ellos, de alimentarlos, cuidarlos y controlarlos? ¿Esos "animalistas"? Seguro que no. ¿El Estado? No creo que se encargase de tarea tan costosa como improductiva, y, si lo hiciera, es muy probable que los mismos abolicionistas de hoy protestaran por el dispendio inútil a cargo de los contribuyentes.

Quienes quieren acabar con las corridas lo que pretenden es extinguir una especie, que sin ellas no sobreviviría. A lo sumo se destinarían a sementales unos pocos toritos, y seguramente se sacrificaría en su nacimiento a la mayoría de los machos. En vez de hacerlo en la plaza, tras darles una vida plena y libre de más de cuatro años, se haría en secreto, nada más ser paridos. Porque, suponiendo que los taurinos sean "torturadores de animales", los enemigos de las corridas resultarían ser exterminadores de animales. Y, francamente, entre los primeros y los segundos, prefiero con mucho a aquéllos, que al menos les causan una muerte en combate tras permitirles una vida. Éstos ni siquiera consentirían que tuviesen vida, ni que perdurase el toro bravo.» [Javier Marías: "Los exterminadores de toros", en *El País*, 03 ENE 2010]

«A mí me gustaría que en los encierros los toros fuesen saliendo de uno en uno o todo lo más de dos en dos, para poder verlos con mejor detalle. Esos toros espléndidos a los que dicen que tanto hacemos padecer... En el resto de Europa gozan de mejor trato, porque desaparecieron hace siglos.» [Fernando Savater]

«En verdad los caballos de carreras y los toros de lidia son animales afortunados. Se crían y por lo común envejecen (sí, también los toros) en los paisajes más hermosos y civilizadamente naturales —yeguas, dehesas...— que quedan en el mundo. Los trabajos de sus días con los que pagan este destino son breves, radiantes y enraizados en su forma de ser. Disfrutarán esta suerte mientras queden competiciones hípcas y ferias taurinas: luego se extinguirán, porque para mascotas no sirven. Les aniquilarán quienes hoy los compadecen... esos mismos que ufanos profetizan un futuro feliz sin corridas. Imagino el diálogo, dentro de medio siglo: "¿Te acuerdas de las corridas de toros? —¡Ay, sí! ¿Desaparecieron antes que los periódicos de papel o después? —Bastantes años después. —¡Cuántas cosas buenas se han perdido!".» [Fernando Savater, en *El País*, 14.10.2017]

Los animalistas son inventores de una moral surrealista en que solo puede haber animales inocentes y humanos culpables. Quien se burla de sus odios comete delito... de odio. [Fernando Savater, *El País*, 23-09-2017]

«Me puedo imaginar situaciones en las que la necrofilia, el ansia de la muerte o el cinismo son reacciones más adecuadas que llenar la boca con la cándida proclama de "Sí a la vida"». [Duerr, H. P., 1984: 13]